



Iwasaki, Fernando

¡Aplaca, Señor, tu ira! Lo maravilloso y lo imaginario en Lima colonial

Prólogo de Luis Millones Santa Gadea y Epílogo de Fernando Rodríguez de la Flor

Lima

Fondo de Cultura Económica

2018

446 páginas

Medio ambiente, escatología y religiosidad en la Lima colonial

Mariana C. Zinni¹

En su nuevo libro, Fernando Iwasaki pretende, y logra con creces, analizar el imaginario barroco de la Lima colonial a partir de una serie de elementos que muchas veces son considerados menores, pero que el autor propone como constituyentes de la tan mentada melancolía postridentina. Partiendo de la base de que lo maravilloso, los milagros de/en la vida cotidiana conforman este imaginario barroco, estudia acontecimientos marginales aparentemente insignificantes que hacen a la particular cultura barroca limeña para introducir un aspecto novedoso: las consecuencias de factores climáticos, en particular, el Niño (ENSO) y sus inexorables secuelas de lluvias, sequías, tormentas. Tales fenómenos, es decir, el

impacto del medio ambiente sobre el imaginario de la Lima colonial, provocaron derivaciones insólitas en el comportamiento barroco. Así, los cometas, las tormentas, los volcanes, inciden en la conformación cultural de época, propiciando determinadas conductas y formas piadosas. A la vez Iwasaki analiza la manera en que el imaginario barroco interpela estos fenómenos naturales. Por ejemplo, dirá que uno de los propósitos del libro será “revisar ciertas conductas extremas, con la finalidad de analizar cómo se manifestaba la lógica del imaginario barroco antes, durante y después de los terremotos” (95) en la zona andina, donde las plegarias, procesiones, mandas, etc., se asociaban frecuentemente a estos eventos, donde el grado de devoción manifestado muchas veces dependía de la gravedad del sismo,

¹ Doctora en Letras por la Universidad de Pittsburgh, y profesora titular de literatura colonial

en Queens College, City University of New York. Contacto: mariana.zinni@qc.cuny.edu

cuya duración se contaba en cantidad de Credos rezados (ver tabla pp. 94 y ss), un despliegue piadoso teatral concebido como respuesta a lo que se consideraba ira divina.

Estos fenómenos naturales, al igual que los milagros y maravillas, fungen como condición basal para sostener un orden teológico y científico, formas de cognición y prácticas sociales opuestas a los avances racionalistas de las ciencias europeas. El autor, utilizando una amplia variedad de fuentes documentales que incluye textos y autores canónicos como Juan del Valle y Caviedes, Felipe Guamán Poma de Ayala, tratados de la época, ilustraciones y lienzos como los de Angelino Medoro, escritos autobiográficos, documentos, hagiografías, mapas, obras de teatro, tratados médicos, astronómicos, geológicos, comentarios, etc., sumado a los rezos, la culpa, los gritos, los dolores, y sus manifestaciones iconográficas en las imágenes sacras que decoran las iglesias, es capaz de reconstruir el imaginario colonial. Propone entonces una cronología de lo maravilloso-portentoso, atendiendo asimismo a los olores, la higiene, el sexo, la masticación y digestión, un conjunto de elementos no siempre estudiados, de los habitantes de la ciudad colonial.

Para Iwasaki, son precisamente los milagros, supersticiones y portentos los que ordenan la memoria artificial del Barroco, una memoria afectiva en lo piadoso que conforman un archivo de sucesos notables que el autor se encarga de desentrañar, un archivo que es también una “enciclopedia delirante” (32) del Barroco y que se presenta como lectura del mundo. El relevamiento de milagros portentosos y hagiografías más o menos exageradas, funcionará como crisol del imaginario del

barroco limense puesto que se trata de narraciones de sucesos reales sobre los que se impone una lectura religiosa, y como tales, dejan entrever en sus intersticios hechos poco frecuentes, muchas veces considerados maravillosos, o señales divinas, como tormentas, fenómenos celestes, etc. Son estas señales las que se interpretan alegóricamente, pero las que dan cuenta, de alguna manera, de la materialidad de las cosas, y fundamentalmente de la incidencia de la meteorología en la cultura barroca. En sus propias palabras, “el imaginario barroco hispánico se nutrió de lo maravilloso para certificar el estatuto diabólico del mundo y el derrotero miserable, finalista y escatológico de la existencia humana... el imaginario barroco trató de sublimar su nihilismo a través de una descomunal producción retórica que se tradujo en la edición de miles de títulos más bien superfluos e insustanciales, que abonaron la persuasión de que el conocimiento formaba parte de la vanidad del mundo y por lo tanto era inútil para la salvación” (389).

Para atender a las enfermedades del cuerpo y las del alma, Iwasaki propone una escatología barroca a partir de los apocalipsis climáticos vividos en el siglo XVII -quince ENSOs, treinta y seis terremotos, dos erupciones volcánicas, el avistamiento de tres cometas-, resaltando el valor de estos textos liminales compuestos en Lima para el estudio del imaginario colonial, entendido como un pacto barroco entre lo imaginario y lo maravilloso, este deseo tan profundo de “fabricar” santos, recorriendo vidas piadosas y muertes espectaculares, como por ejemplo, la de Rosa de Lima, en la cual se detiene morosamente a lo largo del libro. La exacerbada santidad de las beatas

limeñas será en estos términos un fenómeno cultural propio del imaginario barroco, una respuesta de la sociedad a esta efervescencia de señales, agoreros, conmociones sociales, y amenazas tanto espirituales como reales. Algunos castigos corporales extremos, penitencias, procesiones, contriciones, etc., sostiene Iwasaki, bien pudieron ser resultado de cataclismos climáticos, interpretados a posteriori como advertencias divinas y pedidos de misericordia.

En esta cartografía meteorológica, Lima resulta ser una red de significados que señalan por un lado, la importancia de la contumacia religiosa por sobre la evidencia científica, y por el otro, pone de manifiesto una extremosidad barroca ilustrada por la vida exagerada, la muerte admirable y la exacerbación religiosa. Uno de los momentos más interesantes de esta extremosidad estará dada por la interpretación demoníaca de los fenómenos o catástrofes naturales: el diablo forma parte de lo que Iwasaki denomina “lo maravilloso barroco” y que hace imprescindible la intercesión divina para evitar males peores. La consecuencia será redoblar la devoción aún a límites rayanos con la herejía. En estos términos, lo maravilloso, sumado a lo imaginario, forman parte de lo real ciudadano en Lima, lo que incluye el fenómeno de la desenfrenada efervescencia santidad colonial y, por lo tanto, su posicionamiento como locus sanctus en el mundo virreinal, estatus que se manifiesta en la permanente sermonalización del universo barroco.

Moralizar el universo, entonces, implicará, por ejemplo, identificar cometas como “excremento celeste”, sin órbita predeterminada, sino dependiente de la voluntad de Dios, o la aparición en el mundo cristiano de nuevos volcanes

(nuevos en referencia a los conocidos en el Viejo Mundo, en especial, los italianos) que provocan paradigmas y *ars moriendi* inéditos, y siempre con una interpretación escatológica a posteriori. En este paradigma, y siendo Lima una tierra fértil para la creación de nuevos santos, o al menos, de fingir una santidad artificial, la tierra se concibe como *anus mundi*, sentina receptora de las inmundicias, en la cual la interpretación barroca indica la presencia de una amenaza a la inmunidad teológica del mundo tal como se concebía hasta entonces.

Uno de los objetivos de este estudio será desmitificar la noción de que solo las clases bajas prestaban atención a fenómenos relacionándolos con las supersticiones. Toda la sociedad virreinal atendía a estos prodigios por igual, daba a conocer a sus propios “santos” locales, aun los no canonizados oficialmente, pero que fungían en la cultura barroca como ejemplos a seguir, abogados de causas imposibles o curaciones milagrosas, más allá de su presencia consagrada en los altares y frecuentemente conocidos a través de pseudo hagiografías escritas por encargo, todos elementos propios de la religión popular. Para el autor, el siglo XVII fue propicio en señales de lo que denomina apocalipsis limeño, de una escatología barroca que derivó en la santidad y el arrebató de las costumbres religiosas como signo de época y también como fenómeno cultural.

Respecto de la concepción del libro, está compuesto por cuatro capítulos con títulos atractivos y prometedores – “Máquina barroca”; “Sentina barroca”; “Oficina barroca”; “Fábrica barroca”-, y concebido en una variedad de tonos, que va desde cierto aire “displaciente” a “doctorial” por momentos, en un registro que oscila entre el ensayo y el artículo

académico. Posee un formidable aparato bibliográfico complejo y por momentos heterodoxo, que incluye autores canónicos de la historia de las mentalidades, la historia cultural y otras disciplinas que han explorado de manera quizás marginal estos fenómenos poco frecuentados por la crítica en este contexto. Por su parte, el estudio incluye dos textos que lo avalan: el “Prólogo” firmado por Luis Millones Santa Gadea, y el “Epílogo”, de Fernando Rodríguez de la Flor, autoridades que por sí solas invitan a la lectura. Las notas al pie pueden leerse como un libro aparte. Demasiadas, muchas compuestas como bloques de citas, a veces distraen, pero dan cuenta de una erudición supina y funcionan, quizás, como un texto paralelo, casi independiente del estudio principal.

Un par de momentos criticables resultan ser los dedicados a la Inquisición, pensada a partir del concepto de “banalidad del mal” citando, o mejor dicho, transponiendo conceptos de Hannah Arendt o Peter Slöterdijk sin contextualización o propósito declarado. Por otro lado, es sorprendente la inclusión de Sor Juana Inés de la Cruz en el estudio, puesto que la monja jerónima no forma parte de las constelaciones limeñas que intenta delinear, y para cuyo análisis abrevia profusamente de la biografía compuesta por Octavio Paz, Sor Juana o las trampas de la fe (1982), texto que ya no suele ser de consulta fehaciente en los estudios sorjuaninos debido a la fuerte implicancia ideológica de su autor. Por lo demás, se trata de un libro extraordinario en el sentido etimológico de la palabra, un análisis novedoso y erudito, que en suma bien vale sus 446 páginas.